

F. A. HAYEK

LOS FUNDAMENTOS DE LA



La presente obra —sucesora en el siglo XX del ensayo de John Stuart Mill *Sobre la libertad*, en palabras de Hazlitt en *Newsweek*— es una de las más importantes de F. A. Hayek. Dedicada a analizar la constitución; o estructuración de la libertad y el sentido que esta tiene en la sociedad contemporánea es fruto de una minuciosa investigación en los campos de la Filosofía política, el Derecho y la Economía. La obra se divide en tres partes. En la primera muestra por qué queremos la libertad y lo que esta trae consigo. Se trata de una discusión principalmente teórica y filosófica que envuelve un examen de los factores que determinan el progreso de la civilización. La segunda parte es un examen de las instituciones que Occidente ha desarrollado para asegurar la libertad individual, abordando estos problemas con sentido histórico en orden a facilitar, a la luz de un ideal sólo parcialmente realizado, la solución de los problemas de nuestros días. La tercera parte es una aplicación práctica a algunas críticas situaciones económicas y sociales de hoy, fijándose, sobre todo, en aquellas materias en las que una falsa elección entre las distintas soluciones posibles daña más a la libertad.

A la desconocida civilización que se está desarrollando en América.

Prefacio

El propósito de esta obra lo explica más adelante la Introducción. Los pocos párrafos que concluyen esta nota testimonian mi gratitud a aquellas personas con quienes estoy en deuda. Sólo me resta, por tanto, hacer una advertencia y presentar una disculpa.

Mi obra no se refiere principalmente a lo que la ciencia enseña. Aunque no hubiera sido posible escribirla sin dedicar gran parte de mi vida al estudio de la economía y consagrarme recientemente a informarme sobre las conclusiones de otras varias ciencias sociales, no me refiero exclusivamente a hechos ni me limito a relaciones de causa y efecto. Mi objetivo es describir un ideal, demostrar cómo puede alcanzarse y explicar lo que su realización significaría en la práctica. Para ello, la discusión científica es un medio y no un fin. Creo que he hecho uso honesto de todo lo que conozco sobre el mundo en que vivimos. El lector decidirá si quiere aceptar los valores a cuyo servicio he puesto aquel conocimiento.

La disculpa se refiere a la forma concreta de presentar al lector los resultados de mi esfuerzo. Quizá resulte inevitable que cuanto más ambiciosa sea la tarea más inadecuados parezcan los logros finales. La tarea de perfeccionamiento de que uno es capaz, dada la amplitud del tema de este libro, no se completa mientras el autor conserve sus facultades. Sin duda alguna, pronto descubriré que debía haber dicho mejor esto o aquello y que he cometido errores que se hubieran evitado insistiendo más tiempo en mis esfuerzos. El respeto a los lectores ciertamente exige presentar unos resultados tolerablemente acabados. Sin embargo, dudo si esto significa que uno tenga que aguardar sin dar a luz su labor hasta que no le quepa la esperanza de mejorar-

la más. En definitiva, cuando los problemas a exponer son de esa clase que ocupa trabajando activamente a muchos otros, resultaría una superestimación del propio valor aplazar la publicación hasta tener la certeza de que ya no admite ulteriores mejoras. Si un hombre ha conseguido avanzar un paso en el análisis, como yo tengo la esperanza de haberlo hecho, sus esfuerzos posteriores están abocados, probablemente, a rápidas disminuciones de rendimiento. Otros estarán mejor cualificados para colocar la próxima hilera de ladrillos en el edificio al cual trato de contribuir. Tengo la pretensión pura y simple de haber trabajado en este libro en grado tal que no veo la manera de presentar las principales razones en forma más adecuada y breve.

Aun cuando lo he escrito en Estados Unidos —país en el que resido desde hace casi diez años—, quizá convenga advertir al lector que en modo alguno pretendo escribir como un americano. Mi mente ha sido moldeada por los años de juventud vividos en mi nativa Austria y por las dos décadas de mi vida transcurridas en Gran Bretaña, mi país de adopción y cuya nacionalidad conservo. Conocer estas circunstancias de mi vida pienso puede ser de alguna utilidad al lector, puesto que este libro es, en gran parte, la consecuencia de tales antecedentes.

* * *

Cuanto he tratado de exponer en este libro fue ya dicho, de manera que me sería imposible mejorar, en diversos textos y ocasiones con los que, sin duda, el lector moderno no se halla familiarizado; parece, pues, conveniente que las notas sean algo más que una mera referencia de lo que en parte casi constituye una antología del pensamiento liberal e individualista. Las citas pretenden demostrar que las ideas que hoy parecen a menudo extrañas e insólitas constituyeron en tiempos el legado común de nuestra civili-

zación; y también para construir sobre dicha tradición hay que emprender la tarea de unificarla formando un cuerpo coherente de doctrina directamente aplicable a las realidades de nuestros días. He creído razonable que las notas hayan alcanzado considerable volumen por ser el mejor procedimiento para dar a conocer los materiales que he utilizado para reconstruir y remozar el edificio. Ello no obstante, no constituye una bibliografía completa sobre la materia. Quien desee poseer una relación de obras relevantes sobre estos temas la encontrará en *The Free Man's Library*, de H. Hazlitt.

Todas las citas y referencias que consigno se hallan lejos de explicar cuánto debo a la influencia de otros pensadores. La elaboración de mi proceso intelectual en relación con las ideas contenidas en este libro fue forzosamente anterior a mi decisión de exponer el plan sistemático tal y como lo hago. Desde que me decidí a llevar a cabo mi obra, he leído poco de los autores con los que me hallaba de acuerdo; generalmente, porque en el pasado ya había hecho buen acopio de sus enseñanzas. El objetivo de mis lecturas estribó más bien en descubrir las objeciones con que enfrentarme, los argumentos con los que había que luchar y el hallazgo de las formas que revestían estas ideas cuando se expresaron en el pasado. En consecuencia, los nombres de quienes más han contribuido a conformar la trayectoria de mi pensamiento —lo mismo de aquellos que califico de maestros como de los colegas que también toman parte en la contienda— aparecen raramente en estas páginas. Si hubiera tenido que testimoniar mi gratitud con cuantos me hallo en deuda y dar cumplida noticia de todo aquello con lo que estoy de acuerdo, las notas se hallarían saturadas de referencias a los trabajos de L. von Mises, F. H. Knight, E. Cannan, W. Eucken, H. C. Simons, W. Röpke, L. C. Robbins, K. R. Popper, M. Polanyi y B. de Jouvenel. En realidad, si la dedicatoria de este libro significara un homenaje más que exteriorizar un objetivo, la consagraría a los

miembros de la *Mont Pelerin Society* y de modo singular a sus dos más destacadas personalidades intelectuales: Ludwig von Mises y Frank H. Knight.

Específicamente deseo testimoniar mi gratitud a E. Banfield, C. 1. Barnard, P. F. Goodrich, W. Fröhlich, David Grene, F. A. Harper, D. G. Hutton, A. Demp, W. L. y Shirley Lewtwin, L. W. Martin, F. Machlup, L. von Mises, A. Morin, S. Petro, G. Stourzh, R. Turvey, C. Y. Wang y R. Ware, quienes han leído parte del primer borrador de esta obra y me han ayudado con sus comentarios. Muchos de ellos y A. Director, D. Forbes, M. Friedman, V. Ehrenberg, M. Ginsberg, L. Gottschalk, B. Leoni, J. U. Nef, M. Rheinstein, H. Rothfels, F. Schoeck, I. Shils, T. P. T. Pluckenett y J. Viner han atraído mi atención hacia obras importantes, aunque dudo mencionar sus nombres, puesto que es casi seguro olvidaría alguno de los muchos otros que me han ayudado de la misma forma.

En las etapas finales de la preparación de mi obra he contado con la inapreciable ayuda de Mr. Edwin McClellan. A sus esfuerzos —y pienso que también a la amable colaboración de su esposa— para simplificar mis complicadas frases se debe que el libro sea más legible. Ha sido finalmente revisado por mi amigo Henry Hazlitt, que tuvo la gentileza de leer y comentar parte del texto definitivo.

Si bien esta obra no es producto del hoy en boga esfuerzo colectivo y aunque nunca supe aprovecharme de la ayuda de un investigador auxiliar, se ha beneficiado grandemente en forma diversa de las oportunidades y facilidades ofrecidas por varias fundaciones e instituciones. En lo tocante a esto último reconozco mi gran deuda con las fundaciones Guggenheim, Volker, Earhart y Relm. Las conferencias dadas en El Cairo, Zúrich, México, Buenos Aires, Río de Janeiro y en varias universidades y colegios norteamericanos me han proporcionado la oportunidad de discutir públicamente algunas de las ideas expuestas en mi obra y de obtener experiencias que resultaron importantes a la hora de escribirla. En las notas se mencionan los lugares donde

se publicaron primeramente algunos de los capítulos, y he de manifestar mi gratitud a los distintos editores que me han autorizado la reproducción. También deseo testimoniar mi reconocimiento a la Biblioteca de la Universidad de Chicago, en cuyo fondo bibliográfico se ha basado el trabajo de esta obra y cuyo servicio de intercambio con otras bibliotecas me ha permitido disponer de cualquier información que he necesitado y al *Social Science Research Committee* y a los mecanógrafos de *Social Science Division of the University of Chicago*, que han facilitado los medios y el trabajo para transcribir las innumerables revisiones requeridas.

He contraído, sin embargo, mi mayor deuda con el *Committee on Social Thought* de la Universidad de Chicago y con su presidente, profesor John U. Nef, que hicieron posible que durante algunos años pudiera considerar el trabajo en esta obra como mi tarea principal, a la que mis restantes deberes coadyuvaban sin interferir.

F. A. HAYEK

Chicago

8 de mayo de 1959

Introducción

¿Cuál fue el camino seguido hasta alcanzar nuestra actual situación; cuál la forma de gobierno a cuyo calor creció nuestra grandeza; cuáles las costumbres nacionales de las que surgió...? Si miramos a las leyes, veremos que proporcionan a todos igual justicia en los litigios... La libertad de que disfrutamos en la esfera pública se extiende también a la vida ordinaria... Sin embargo, esas facilidades en las relaciones privadas no nos convierten en ciudadanos sin ley. La principal salvaguardia contra tal temor radica en obedecer a los magistrados y a las leyes —sobre todo, en orden a la protección de los ofendidos—, tanto si se hallan recopiladas como si pertenecen a ese código que, aun cuando no ha sido escrito, no se puede infringir sin incurrir en flagrante infamia.

PERICLES^[1]

Para que las viejas verdades mantengan su impronta en la mente humana deben reintroducirse en el lenguaje y conceptos de las nuevas generaciones. Las que en un tiempo fueron expresiones de máxima eficacia, con el uso se gastan gradualmente, de tal forma que cesan de arrastrar

un significado definido. Las ideas fundamentales pueden tener el valor de siempre, pero las palabras, incluso cuando se refieren a problemas que coexisten con nosotros, ya no traen consigo la misma convicción; los argumentos no se mueven dentro de un contexto que nos sea familiar y raramente nos dan respuesta directa a los interrogantes que formulamos^[2]. Esto quizá sea inevitable, porque no existe una declaración de ideas tan completa que satisfaga a todos los hombres. Tales declaraciones han de adaptarse a un determinado clima de opinión y presuponen mucho de lo que se acepta por todos los hombres de su tiempo e ilustran los principios generales con decisiones que les conciernen.

No ha transcurrido un tiempo excesivo desde que fue reinstaurado el ideal de libertad que inspiró a la moderna civilización occidental y cuya parcial realización hizo posible sus efectivos logros^[3]. En realidad, durante casi un siglo los principios sobre los que la civilización fue edificada se han desmoronado entre crecientes negligencias y olvidos. Los hombres, en vez de tratar de mejorar el conocimiento y aplicación de aquellos principios básicos, se han dado, más a menudo, a buscar órdenes sociales sustitutivos^[4]. Sólo al enfrentarnos con otros sistemas diferentes descubrimos que hemos perdido el claro concepto del objetivo perseguido y que carecemos de inmovibles principios que nos sirvan de apoyo al combatir los dogmas ideológicos de nuestros antagonistas.

En la lucha por la estructuración moral de los pueblos del mundo, la falta de creencias firmes coloca a Occidente en gran desventaja. El estado de ánimo de los dirigentes intelectuales de Occidente se ha caracterizado largamente por la desilusión frente a sus principios, el menosprecio de sus logros y la exclusiva preocupación de crear «mundos mejores». Tal actitud no permite acariciar la esperanza de ganar prosélitos. Para triunfar en la gran contienda ideoló-

gica de esta época, es preciso, sobre todo, que nos perca-temos exactamente de cuál es nuestro credo; poner en claro dentro de nuestras propias mentes lo que queremos preservar y lo que debemos evitar. No es menos esencial, al relacionarnos con los demás países, que nuestros ideales sean fijados de manera inequívoca. La política exterior queda prácticamente reducida, en la actualidad, a decidir cuál sea la filosofía social que deba imperar sobre cualquier otra, y nuestra propia supervivencia dependerá de la medida en que seamos capaces de aglutinar tras un ideal común a una parte del mundo lo suficientemente fuerte.

He ahí lo que hay que llevar a cabo enfrentándonos con condiciones muy desfavorables. Una gran parte de los pueblos del mundo ha imitado la civilización occidental y adoptado sus ideales en los momentos en que Occidente comenzaba a mostrarse inseguro de sí mismo y perdía la fe en las tradiciones que le dieron el ser. En tal período, precisamente, los intelectuales occidentales dejaron, en su gran mayoría, de creer en la libertad, cuando precisamente la libertad, al dar origen a aquellas fuerzas de que depende el desarrollo de toda civilización, hizo posible un crecimiento tan rápido y tan sin precedentes. En consecuencia, los hombres pertenecientes a países menos adelantados, en su tarea de proveer de ideas a sus propios pueblos, no asimilaron, durante el período de aprendizaje en el mundo occidental, la manera en que Occidente edificó su civilización, sino más bien los utópicos sistemas que su propio éxito engendró a manera de alternativa.

Tal situación es particularmente trágica, pues aunque las creencias sobre las que dichos discípulos de Occidente están operando faciliten una más rápida copia de sus realizaciones, también les impiden alcanzar sus propias y personales contribuciones. No todo lo que es resultado del desarrollo histórico de Occidente puede o debería trasplantarse a otras creaciones culturales. Toda civilización que, bajo la influencia de Occidente, surja en aquellos lugares alcanzará

más rápidamente forma apropiada si se le permite desarrollarse que si viene impuesta desde arriba. Si es verdad, como a veces se alega, que falta la condición necesaria para una evolución libre —es decir, el espíritu de iniciativa individual—, hay que convenir que sin tal espíritu ninguna civilización arraigará en lugar alguno del planeta. En tanto que dicho espíritu falte realmente, el primer quehacer ha de ser despertarlo; lo que, sin duda, conseguirá un régimen de libertad, pero no un sistema de compulsión.

En los países de Occidente todavía parece que se registra amplia coincidencia sobre ciertos valores fundamentales. Ahora bien, tal acuerdo ya no es explícito; y si aquellos valores han de recuperar todo su vigor, es urgente e ineludible reinstaurarlos y reivindicarlos sin reservas. No parece que exista ningún trabajo que contenga la recopilación de toda la filosofía que sirva de base y sustentación a una coherente concepción liberal, es decir, un trabajo que pudiera servir de punto de referencia a cualquier persona deseosa de entender sus ideales. Poseemos cierto número de admirables recopilaciones históricas sobre el desarrollo de «las tradiciones políticas de Occidente»; pero, aunque dichas obras nos dicen que «el objeto de la mayoría de los pensadores de Occidente ha sido establecer una sociedad en la cual cada individuo, con un mínimo de dependencia respecto de la autoridad discrecional rectora, disfrute el privilegio y la responsabilidad de determinar su propia conducta dentro de un previo y decidido esquema de derechos y deberes»^[5], no sé de ninguna que explique lo que esto significa cuando se trata de aplicarlo a problemas concretos de nuestro tiempo o, lo que es más, cuáles son las últimas justificaciones sobre las que tal idea descansa.

Recientemente se han hecho enérgicos esfuerzos para desvanecer la confusión que largamente ha prevalecido sobre los principios de política económica en una sociedad libre. No quiero menospreciar los resultados alcanzados. Ahora bien, aun cuando continúo pensando que principal-

mente soy economista, he llegado a la conclusión, para mí cada vez más evidente, de que las respuestas a muchos de los acuciantes problemas sociales de nuestro tiempo tienen su base de sustentación en principios que caen fuera del campo de la técnica económica o de cualquier otra disciplina aislada. Aun partiendo de mi preocupación original por los problemas de la política económica, he derivado lentamente a la tarea ambiciosa y quizá presuntuosa de abordarlos restableciendo con la mayor amplitud los principios básicos de la filosofía de la libertad.

No me excuso por aventurarme así mucho más allá de la disciplina cuyos detalles técnicos domino. Si hemos de recuperar una concepción coherente de nuestros objetivos, deberían hacerse intentos similares más a menudo. De hecho, el presente trabajo me ha enseñado que la libertad se halla amenazada en muchos campos debido a nuestra excesiva tendencia a abandonar las decisiones en manos de los expertos o a aceptar sin demasiada crítica su opinión acerca de un problema del que íntimamente sólo conocen un pequeño aspecto. Ahora bien, como el problema relativo al siempre latente conflicto entre los economistas y otros especialistas aflorará reiteradamente en las páginas de este libro, quiero dejar desde ahora bien claro que el economista no pretende disponer de especial conocimiento que le cualifique para coordinar los esfuerzos del resto de los especialistas. El economista tan sólo afirma que por haberse percatado, en razón de su oficio, de la disparidad de las aspiraciones humanas, le consta, con mayor certeza que a otros estudiosos, que la mente humana es incapaz de abarcar el conjunto de conocimientos que impulsan las acciones sociales y que, por tanto, precisa disponer —con independencia de los juicios de los seres humanos— de un mecanismo impersonal que coordine todos los esfuerzos individuales. Precisamente la relación que mantiene el economista en los procesos impersonales de la sociedad —a cuya investigación dedica un mayor esfuerzo intelectual que cual-

quier otro individuo o grupo organizado de seres humanos — le emplaza en constante oposición a las pretensiones de otros especialistas que reclaman poderes de control por estimar que no se reconoce suficiente trascendencia a su propia investigación.

En cierto aspecto esta obra es al mismo tiempo más y menos ambiciosa de lo que el lector pudiera esperar. No se ocupa básicamente de los problemas de un país específico o de los que atañen a determinado periodo histórico, sino que, al menos en su primera parte, se refiere a principios que reputa de validez universal. La concepción y el plan del libro presuponen que idénticas tendencias intelectuales — aunque bajo distintos nombres o disfraces— han minado en todo el planeta la fe en la libertad. Si en verdad se aspira a articular una eficaz oposición a dichas tendencias, habremos de aprehender exactamente la naturaleza y contenido de los elementos comunes que constituyen el sostén de todas sus manifestaciones. También habremos de recordar que la tradición de libertad no es sustancial a un solo país y que ni siquiera en nuestros días existe nación alguna que pueda preciarse de poseer tal secreto de modo exclusivo. El objeto primordial de mi estudio no lo constituyen las instituciones ni los métodos políticos peculiares de los Estados Unidos o de Gran Bretaña, sino los principios desarrollados por dichos países y que tienen su origen en las normas que enunciaran la Grecia clásica; los italianos en los comienzos del Renacimiento y los pensadores de Holanda, y a cuyos principios aportaron también importante contribución franceses y alemanes. Tampoco aspiro a formular un detallado programa político, sino a dejar sentado el criterio que permitirá dilucidar si determinadas medidas son o no concordantes con un régimen de libertad. Implicaría la negación del espíritu todo que informa esta obra, si me creyera competente para formular un amplio programa de acción política. Tal programa, después de todo, ha de surgir de la

aplicación de una común filosofía a los problemas del momento.

Mi objetivo no es principalmente crítico, puesto que no cabe describir un ideal sin contrastarlo constantemente con la opinión de otros estudiosos^[6]. Pretendo abrir y no cerrar las puertas a futuras investigaciones, o, dicho de otra forma, impedir que tales puertas sean cerradas como invariablemente ocurre cuando el Estado se arroga el control de ciertas actividades. Insisto particularmente sobre la tarea positiva de perfeccionar nuestras instituciones, y aunque yo no puedo hacer más que indicar las direcciones deseables para su desarrollo, me preocupan menos los obstáculos a eliminar que los caminos a abrir.

Como ocurre con toda declaración de principios, mi obra trata de aspectos fundamentales de la filosofía política, aunque toque problemas más tangibles a medida que se va desarrollando. De sus tres partes, la primera intenta mostrar por qué queremos la libertad y lo que esta trae consigo. Ello implica cierto examen de los factores que determinan el progreso de las civilizaciones. En esta parte, la discusión es principalmente teórica y filosófica, si esta última palabra es la adecuada para describir un campo donde la teoría política, la ética y la antropología se entrelazan. Le sigue un examen de las instituciones que Occidente ha desarrollado para asegurar la libertad individual. Entramos aquí en el ámbito del Derecho y abordamos sus problemas con sentido histórico. No vamos a proceder, sin embargo, al estudio de un desenvolvimiento con arreglo básicamente a los puntos de vista del jurisperito ni tampoco del historiador. El desenvolvimiento de un ideal sólo parcialmente contemplado e imperfectamente realizado en la mayoría de los tiempos y sobre el que todavía es preciso proyectar torrentes de luz si ha de facilitar la solución de los problemas de nuestros días constituye en verdad la ambicionada meta.

En la tercera parte del libro se ensayará la aplicación práctica de aquellos principios a algunas de las críticas si-